

SEGUNDO PREMIO RELATO CORTO CATEGORÍA ADULTOS

TECTÓNICA DE CUERPOS (Ignacio Samper Sánchez. Madrid).

El jurado se ha sentido unánimemente atrapado por este relato, merecedor del segundo premio entre los 226 relatos cortos que participan en esta categoría. Como nos recuerda la etimología, el gr. *tektonikós* se refiere a la 'habilidad en construir', metáfora continuamente aludida en el texto referida a la capacidad constructora de la mujer en tanto ser gestante: del mismo modo que un arquitecto diseña un edificio, un cuerpo femenino es capaz de fabricar un ser humano.

Este sería uno de los grandes campos léxicos del texto al que etiquetaremos como Campo 1: *Tectónica* (o "proceso de elaboración de hijos"); esto es, el acto de "transmitir una orden a las partes implicadas: Haced un niño"-en palabras de la narradora-): el que aborda la maternidad desde el vocabulario propio de la creación, no de una obra civil, sino humana. Por un lado, abarcaría términos que se refieren al fabuloso mecanismo encargado de obrar el milagro ("Una prodigiosa máquina de perpetuación"; "la magia de la creación") y por otro, la narradora alude a diversos entes capaces de crear una obra a través de un proceso lento -y artístico no lo olvidemos- de producción: ya sea la arquitectura ("Arquitecta inconsciente"); bien la escultura ("La escultura invisible que venía esculpiendo el milagro"; "un escultor ciego y sordo, que, pese a todo, crearía una obra de perfección incuestionable"); ya sea la música ("una sinfonía genética"); e incluso los encargados de dar forma al metal ("una siderurgia de afecto", "las profundidades de mi forja de carne")... Pero si hay un símil que se erige más potente por encima de los demás, está el de convertirse en el hacedor supremo, la "deidad omnipotente y audaz" que crea seres ("presumía de ser tu artesana") y que crea mundo ("Cómo no crearme una diosa después de haber creado, además de una vida, un océano y un continente").

Como el título alude, *Tectónica de cuerpos*, es preciso añadir otro gran campo semántico para entender el significado del relato. Llamaremos a este Campo 2. "Cuerpo" (o anatomía femenina) e incluiremos, tanto las palabras que se relacionan explícitamente con el cuerpo femenino ("Mi entraña"; "mi cuerpo"), y/o a la maternidad (útero, genes, espermatozoides, óvulo, artillería cromosómica, líquido amniótico, "contracción salvaje", útero, cordón umbilical...), o los términos que refieren a la fisiología humana ("recursos mentales y neuronales", corazón, cerebro, pulmones, mandíbula, nutrientes...) como, por otro lado, el vocabulario que apunta al mágico mecanismo que genera una nueva criatura ("Una filigrana biológica"; "un prodigio automatizado"; "el hechizo genésico"...).

Con una narración con tendencia a la enumeración continua, expresada en una sintaxis yuxtapuesta que va adicionando sintagmas uni o polimembres que parecieran el eco de una letanía, emerge una voz potente que hace suyo el sentimiento de la mujer protagonista y, por antonomasia, todas las mujeres. Llamaremos a este Campo 3. *Mujer/madre*, donde aparecería, en primer lugar, el vocabulario que describe el orgullo de ser mujer y madre ("Yo, su creadora"; "usufructuaria de ese privilegio ancestral"; "ser madre, sentirme menos mujer"; "mujer y solo una mujer"; "la semilla de una mujer admirable", "mi entraña"; "mi cuerpo"; "mi carne"; "mi claustro materno"; "mi anatomía"...); y en segundo lugar, expresiones que manifiestan la pertenencia al mundo femenino, tanto en sus luces ("mi feminidad"; "preocupaciones maternas"...), como sus sombras (violencia, desigualdad; feminidad vs. masculinidad...). Una mujer, que cobra una seña de identidad original este relato al ser definida como el "sexo causativo", un ser que existe de forma pasiva, únicamente para generar otro ser y perpetuarse en la larga cadena humana; i.e., cuya existencia se justifica de manera subsidiaria, en calidad de autora "vicaria" y "anfitriona provisional" de su descendiente.

Con tales campos léxicos -tectónica / cuerpo / mujer- la narradora construye un potente discurso narrativo que se imbrica con el ensayo literario cuyo argumentario a defender es la propia concepción de engendrar, moldear y traer al mundo un hijo. Efectivamente, en lugar de escoger un aséptico ensayo científico, el autor prefiere un envoltorio apetecible al lector donde combine la belleza y la expresión a través de la creatividad, propio de los textos literarios, con la reflexión subjetiva, pero bien informada, propio del ensayo humanístico, donde el autor trate este tema de una manera personal. La voluntad de estilo encaminada a persuadir al leyente se manifiesta tanto en el uso de la imagería tectónico-anatómica, como al estilo enumerativo señalado, manifiesto en profusos asíndetos, comentados *supra*.

El carácter de narración literaria se hace patente, asimismo, en el juego de voces narrativas; juego, no tanto sobre quién cuenta los hechos (la narradora es la madre) sino del interlocutor de las palabras que la narradora dirige: un tú (el engendrado, el cigoto multiplicado, el hijo anhelado, la hija finalmente nacida), que no existe como ser con existencia como personaje, sino como un ser que escucha la letanía materna -que presuponemos en forma de diálogo íntimo, pensado y no verbalizado-. Si en el primer párrafo se alude a una 2ª persona narrativa (“Todos alababan que hubieras salido de mi carne”), este ser desaparece para ceder su voz a un narrador tradicional en primera persona que participa como contador de la historia (“Intentaba no arrogarme demasiado el mérito... Cuando supe que estaba embarazada... Meses después descubrí...”); no es hasta la página 4 cuando vuelve ese relato dialógico con el hijo (“Tu anunciación fue una escueta cuenta atrás” ... “Interpreté **tu** resistencia a salir como un reclamo de autonomía... Quizá por eso me costaba tanto imaginarte ahí dentro”); tras esto, el interlocutor vuelve a ocultarse para reaparecer en el último párrafo en una fusión total de madre e hija, de modo que el tú y el yo primeros dan paso a un *nosotros* (“El camino acababa de empezar. Enfilamos juntas una cadena de abismos...”) que mantendrán unidos de por vida a la creadora y a la criatura.

Rasgo propio del ensayo literario, el autor se propone crear una obra literaria y no simplemente informativa donde expresar su particular concepción del acto de dar a luz, no como la acción de expulsar un cuerpo al exterior, sino más bien de arrojar fuera del útero una parte del cuerpo de la mujer que ha salido del propio cuerpo de la mujer; de este modo, el acto de traer al mundo un hijo se convierte en la ampliación del cuerpo materno en una *sui generis* “mitosis a gran escala”.

La conclusión, por tanto, a la premisa de la división celular de la progenitora a su vástago, redundante en la idea de una madre como un ser que se multiplica (“Me había revelado como multiplicadora”) en “un ejercicio de infinitud” que coloca en el mundo a dos seres simétricos (“Aullaba para dividirme en dos mitades... asimétricas”); es decir, un ejercicio de dualidad donde un solo ser -la gestante- se convierte en otro ser que procede de ella misma (“En esa dimensión, donde solo existimos tú y yo, fundamos una nación dual. Qué fantasía la de transportar todos los órganos por duplicado”). Interesante reflexión metafísica que entiende la maternidad como “otra forma de seguir creciendo, de existir en otros formatos”. Ser madre -y esta sería la conclusión del ensayo, vistas las premisas anteriores- perpetúa la humanidad a las generaciones que nos continuarán en cada nuevo cuerpo engendrado (“Sí, yo era yo, pero también todas las madres que me habían precedido en la línea genealógica, un producto más en la cadena de estallidos hereditarios”; “mi hija sería ella y yo, y yo sería el tiempo”). El hijo, desde esta perspectiva, sería la “réplica exacta, escala atómica y prodigioso relevo” de sus madres cuyo objetivo no es otro que “seducir a la posteridad” y “burlar la decadencia de la carne”, en una en “una versión mejorada” “más fuerte, más bella, más inteligente y más longeva” que su progenitora.

Felicidades a su autor, Ignacio Samper, un hombre que diseña tan perfectamente el proceso de creación de un hijo, que sorprende que su artífice no sea una mujer. Evítenme el debate sobre machismos y feminismos -no se trata de eso-: si hay un solo tema donde se pueda hablar *sensu stricto* en femenino, es precisamente en el de la maternidad. Sin embargo, con este relato podemos constatar que, aunque un hombre no tenga la capacidad de gestar, tiene, por supuesto, la capacidad de aproximarse a la sensación de sentir “un proyecto materializado” en las entrañas de una mujer. Y si esa capacidad se materializa en un relato corto tan bien escrito y tan originalmente vertebrado como este, la felicidad se incrementa exponencialmente. Enhorabuena.